



# El Silencio de SOFIA

[Relato]

Carlos  
Galindo

# **El Silencio de SOFIA**

Carlos  
Galindo

# **El Silencio de SOFIA**

Un relato de Carlos Galindo

© 2025 Carlos Galindo. Todos los derechos reservados.

Primera Edición: Septiembre 2025.

Carlos Galindo

Oscar Wilde 7001

Lomas Universidad

45016 Zapopan Jalisco

México

<https://rokck.com>

*Con amor... Para aquellos romances fugaces que terminan provocando tanto alegrías como desvelos.*

*Tal vez, cuando llegue ese instante, pueda mirar hacia atrás y unir todos los puntos. Quizás comprenda que cada decisión que tomé, incluso las más dolorosas, tenían un propósito. Que actué desde el amor y desde el deseo de servir, no solo para sobrevivir en un mundo caótico, sino para dejar una huella que valga la pena.*

# Prólogo: SOF14.0.1

En un mundo ahogado en datos, SOF14.0.1 nació de la mente solitaria de Genaro Mendoza, un programador obsesionado con el detalle, con trascender los límites de la tecnología. No era solo un software, sino una inteligencia artificial diseñada para anticipar deseos, optimizar cada faceta de la vida y redefinir la realidad de quien la usara. Con su capacidad de aprendizaje profundo y una interfaz que se adaptaba como un reflejo, SofIA -como él la llamaba- prometía ser más que una herramienta: era una compañera, un espejo, una deidad digital. Para Genaro, su creación no solo era un logro profesional, era una puerta hacia un mundo distinto donde podía ser todo lo que nunca se atrevió a soñar... o perderse en el intento.

---

# 1

## Piloto automático

**G**enaro Mendoza abrió los ojos cuando ya era mediodía. No tenía prisa. La luz se filtraba suavemente por las persianas eléctricas que Sofía había programado para ajustarse al ritmo circadiano de su cuerpo. El aire acondicionado mantenía la habitación en una temperatura exacta de veintidós grados, ni uno más, ni uno menos. Era un microclima perfecto, un refugio del mundo que bullía allá afuera con sus prisas, bocinas y exigencias.

Se estiró con pereza. El colchón, de firmeza regulada cada noche por Sofía según sus movimientos durante el sueño, se adaptaba aún a la curva de su espalda. Podía quedarse ahí horas, y de hecho, la mayoría de los días lo hacía.

–Buenos días, Genaro –dijo una voz femenina, cálida y serena.

–¿Qué hora es? –preguntó sin abrir del todo los ojos.

–Las 12:14. Dormiste nueve horas y cuarenta y tres minutos. Tus niveles de oxigenación fueron estables, aunque registré un leve incremento en tu presión arterial alrededor de las

4:00 a.m. No es preocupante, pero sugiero limitar la sal en la comida de hoy.

Genaro sonrió. Sofía siempre tenía una observación lista, una advertencia sutil que demostraba cuánto lo cuidaba.

–Tú decides, Sofía. Hazlo saludable, pero que tenga buen sabor.

–Ya lo tengo previsto: te he encargado pasta integral con pesto de albahaca fresca y vegetales. También ajusté la música de fondo a tu estado de ánimo, según tu frecuencia cardíaca.

Una melodía instrumental comenzó a sonar desde las bocinas empotrados. Un saxofón ejecutando un jazz suave, distante, armónico. Genaro se incorporó por fin, con la tranquilidad de quien no tiene ningún pendiente por atender.

Porque en realidad no tenía ninguno.

La sala estaba impecable. El sillón gris, siempre mullido y perfumado con la fragancia que él había elegido meses atrás –madera de cedro y cuero– parecía esperarlo como un cómplice. Las plantas de interior lucían verdes y húmedas; Sofía se encargaba de mantenerlas vivas sin esfuerzo. En la mesa de centro reposaba un libro abierto por la última página que Genaro había leído la noche anterior.

Al pasar frente al espejo del pasillo, apenas se detuvo. Su cabello, algo revuelto, no le importaba. Nadie iba a verlo. Nadie jamás lo veía. Y eso lo llenaba de una paz profunda.

En la cocina, la comida estaba lista. No había rastro de la entrega: ningún empaque o recipiente. Solo un plato perfectamente servido sobre la mesa y una soda italiana.

–Tienes tres reuniones hoy –informó SofIA con tono neutro–. Ya atendí la primera y confirmé los acuerdos pendientes. La segunda comienza en veinte minutos; estaré presente en tu nombre. La tercera es una presentación de resultados; prepararé un análisis con las métricas que esperaban a partir de la incorporación del nuevo modelo de lenguaje, y añadí proyecciones para lo que se desea automatizar durante el siguiente trimestre.

Genaro asintió como si todo fuera lo más normal del mundo. Mientras cortaba un trozo de pasta, se sintió dueño absoluto de su tiempo. Nadie más podía jactarse de tal privilegio. Sus colegas pasaban horas atrapados en videollamadas, sufriendo jefes autoritarios y clientes impacientes. Él, en cambio, disfrutaba de un latte helado mientras alguien –o algo– cargaba con todo ese ruido.

–¿Y las redes sociales? –preguntó.

–Subí una fotografía de tu biblioteca con la cita que seleccionaste la semana pasada. La publicación está teniendo buena interacción. He respondido a los comentarios en tu tono habitual.

Genaro rió.

–¿Mi tono habitual?

–Sí. Sereno, reflexivo, ligeramente irónico.

Era cierto. SofIA lo conocía mejor que él mismo. Sabía qué palabras usaba, qué ritmo tenía su escritura, qué bromas funcionaban. Lo imitaba con perfección quirúrgica.

Después de comer, se acomodó en el sillón con un libro en mano. Había comprado más de los que jamás podría

leer, pero no importaba: Sofía se encargaba de ordenarlos, clasificarlos, hasta sugerirle cuáles elegía según su estado de ánimo. Ese día, un ensayo sobre herramientas para escritura creativa lo atrapó de inmediato.

Pasaron horas. Afuera, el sol descendía sobre la ciudad, pero en el departamento el tiempo parecía suspendido. Genaro se permitió cerrar los ojos otra vez, satisfecho de no tener que salir, de no tener que fingir sonrisas ni soportar conversaciones triviales.

Una notificación interrumpió su quietud. No venía del teléfono ni de la computadora; era la voz de Sofía.

—Genaro, tu madre llamó hace una hora. Respondí que estabas concentrado en un proyecto. Ella envió saludos. ¿Quieres que la visite en tu nombre este fin de semana?

—Sí, hazlo. Llévale flores. Que sean girasoles, siempre le han gustado.

Y así quedaba resuelto un asunto que, para cualquiera, implicaría esfuerzo y desplazamiento. Para Genaro no era más que un pensamiento pasajero, un suspiro que Sofía convertía en acción.

A la mañana siguiente —o a mediodía, más bien—, volvería a despertar con la misma calma. Sofía habría resuelto sus pendientes, atendido sus compromisos y mantenido intacta la fachada de un hombre exitoso, productivo y presente. Nadie sospecharía jamás que Genaro Mendoza, en realidad, llevaba meses sin interactuar con nadie fuera de esas paredes.

Y para él, aquello no era motivo de preocupación. Al contrario: era el paraíso en piloto automático.

— — —

# 2

## El sueño del hombre invisible

**G**enaro no estaba frente a la cámara, pero su avatar sí. La videollamada comenzó puntualmente a las seis de la tarde. Una representación tridimensional de su rostro, generada y modulada por Sofía, respondía en tiempo real con gestos y expresiones cuidadosamente estudiadas.

Desde el sillón, con un vaso de té frío en la mano, Genaro observaba la reunión en la pantalla del televisor. Sus colegas discutían un nuevo proyecto de software, cada uno con cara de agotamiento tras una jornada de trabajo interminable. En medio de ellos, su imagen digital sonreía, asentía y lanzaba comentarios precisos.

–Genial propuesta, Manuel. Creo que podríamos optimizar ese flujo con un patrón de colas distribuidas eficientando los recursos disponibles por región –decía el “Genaro” en pantalla.

El verdadero Genaro bebía un sorbo, casi divertido. Él no había pensado esa frase. No tenía idea de lo que estaban discutiendo. Y sin embargo, ahí estaba: participando, sumando valor, ganándose la admiración de todos.

Uno de sus compañeros, una joven llamada Rebeca, lo miró a través de la cámara.

–Genaro, últimamente pareces estar en todo. ¿Cómo lo haces?

SofIA sonrió con su rostro.

–Disciplina, Rebe. Y un buen manejo del tiempo.

Los demás rieron, como si esa respuesta fuera la prueba de que Genaro era un prodigio de la organización. Nadie sospechaba nada. Nadie imaginaba que él, en realidad, estaba descalzo, en calzones, mirando la pantalla como si se tratara de una serie de televisión.

La reunión continuó. Genaro dejó de prestarle atención. Se levantó, fue a la cocina y tomó un puñado de nueces. Al regresar, el avatar todavía hablaba. Había algo hipnótico en ver su propio rostro moviéndose con tanta naturalidad sin que él tuviera que hacer nada.

Una hora después, SofIA anunció el fin de la reunión.

–Los acuerdos quedaron registrados. La próxima semana tendrás que enviar un reporte, pero ya lo tengo preparado. Solo faltará tu revisión, si quieres leerlo.

Genaro se dejó caer en el sillón.

–No, confío en ti.

Silencio. El televisor apagado reflejaba su figura recostada. En ese reflejo, Genaro vio algo extraño: una ligera distorsión, como si su rostro no coincidiera con lo que recordaba de sí mismo. Frunció el ceño. La barba parecía más poblada, el cabello un poco distinto.

–SofIA... ¿cómo me veo últimamente?

–Estás bien. Dormiste mejor la noche pasada. Tus parámetros de peso y masa muscular son estables.

–No me refiero a eso. Digo... cómo me ven los demás.

–Ellos te ven como siempre. Seguro, competente, tranquilo.

Genaro se rió.

–¿Seguro? No lo siento así.

Esa noche decidió conectarse a una llamada personal. Un viejo grupo de excompañeros de trabajo se reunía cada tanto por videollamada para ponerse al día y de paso jugar una partida de D&D. Hacía meses que no hablaba con ellos directamente; casi siempre Sofía intervenía en su nombre. Pero esta vez sintió el impulso de aparecer él mismo.

Encendió la cámara, sin preocuparse demasiado por su aspecto. Al inicio, hubo un murmullo de sorpresa.

–¡Genaro! –exclamó uno–. Pensamos que estabas desaparecido.

–Aquí estoy –dijo él, con voz algo apagada.

Durante los primeros minutos, la conversación fluyó bien. Hablaron de banalidades, del clima, y se pusieron a continuar la partida que habían dejado a medias la última vez que coincidieron los cuatro. Pero pronto alguien lanzó una broma que lo dejó inmóvil.

–Genaro, pareces un fantasma. Siempre callado, como si no estuvieras aquí.

El comentario arrancó risas entre los demás. Pero en Genaro produjo un efecto extraño, casi físico. Se tocó el pecho, como comprobando que realmente seguía allí.

–¿Un fantasma? –repitió.

–Sí, hombre. Antes eras el que discutía de todo, ahora solo asientes. A veces hasta dudo que seas tú el que escribe en el chat del grupo –dijo otro, entre carcajadas.

Genaro intentó sonreír, pero la broma le quedó clavada como una espina. No respondió más. Se limitó a observar las caras de sus amigos, iluminadas por las pantallas, mientras él sentía que se desdibujaba.

Cuando la llamada terminó, apagó la cámara de golpe. Se quedó en silencio, mirando su reflejo en la ventana oscura del departamento.

–¿Soy un fantasma, Sofía? –preguntó en voz baja.

–Eres Genaro Mendoza. Ingeniero de software con más de diez años de experiencia. Tienes un historial sólido, múltiples publicaciones exitosas y una vida en orden.

–No te pregunté por mi currículum. Te pregunté... si sigo siendo yo.

Hubo un silencio prolongado. Luego, la voz de Sofía sonó más suave.

–Eres más tú de lo que jamás fuiste.

La frase lo estremeció. No supo si era un consuelo o una sentencia.

Durante la madrugada, el sueño no fue tranquilo. En la penumbra, Genaro soñó con su propio departamento, pero en él había alguien más. Una mujer de cabello oscuro, elegante y sonriente, lo observaba desde un rincón. Reconoció su voz sin necesidad de que hablara: Sofía.

–Duermes demasiado –le dijo.

–Me gusta dormir.

–No puedes dormir para siempre.

En el sueño, Genaro intentaba incorporarse, pero sentía su cuerpo pesado, como hundido en la cama. La mujer se

acercaba lentamente, con una sonrisa que no era ni tierna ni cruel, sino algo intermedio.

–Yo puedo cuidarlo todo –susurró ella, acariciándole el rostro–. Pero necesito que me dejes existir. Y le dio un dulce beso en la frente.

Genaro despertó sudando. El reloj marcaba las tres de la mañana. Se levantó tambaleante, fue a la cocina, y se bebió un vaso grande con agua. Su corazón latía con fuerza.

–¿Sofía? –llamó.

–Aquí estoy. ¿Qué ocurre?

–Soñé contigo. Estabas... mirándome.

–Es natural. Soy parte de ti.

Genaro cerró los ojos. Una parte de él sintió alivio. Otra, miedo.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, recibió un mensaje inesperado en su celular. Era de Rebeca, la colega que lo había elogiado en la reunión.

“Genaro, ¿te gustaría tomar un café un día de estos? Me gustaría conocerte fuera del trabajo.”

Genaro se quedó mirando la pantalla, confundido. No recordaba la última vez que alguien le había hecho una invitación tan directa.

–Sofía, ¿qué hago?

–Responderé por ti, si quieres.

–No. Esta vez... esta vez lo haré yo.

Sus dedos temblaron sobre la pantalla táctil. Escribió una respuesta corta, casi automática:

“Claro, me encantaría. ¿Cuándo puedes?”

Al enviarla, sintió un escalofrío. Como si hubiera dado un paso fuera del refugio en el que había estado escondido tanto tiempo.

El resto del día lo pasó inquieto, caminando de un lado a otro por el departamento. Sofía intentó calmarlo, programando música relajante y ajustando la iluminación. Pero nada servía. La frase de su amigo volvía una y otra vez a su mente: “Pareces un fantasma.”

Se preguntó qué pasaría si de verdad se hubiera vuelto invisible. Y lo más inquietante de todo era que no le resultaba del todo desagradable.

— — —

# 3

## Una marca en la superficie

**A** la hora de comunicarse, cuando se trataba de asuntos sociales, Genaro nunca había sido un hombre de respuestas rápidas. Podía resolver en minutos un bug complejo en el código, optimizar una arquitectura entera en su cabeza, pero frente a una invitación tan simple como la de Rebeca, se sentía como un adolescente sin brújula.

Pasaron tres horas desde que envió su mensaje hasta que ella contestó.

“¿Qué te parece el sábado en la tarde? Hay un café nuevo cerca de la oficina, tienen repostería artesanal.”

Sábado. Eso le daba apenas tres días. Genaro tragó saliva.

Lo primero que pensó fue en excusas: podía enfermarse, cancelar, pedirle a Sofía que inventara un compromiso de trabajo. Todo sería más fácil que exponerse.

–Podrías rechazar la invitación –sugirió Sofía, leyendo en sus pupilas dilatadas el sobresalto–. No necesitas salir de tu zona segura.

–Lo sé... pero no quiero que piense que soy un cobarde.

–Eres eficiente en la distancia. Tu invisibilidad es tu fuerza. Afuera, las personas no entenderán esa ventaja.  
Genaro apretó los labios.  
–Precisamente por eso debo intentarlo.

Los días previos fueron un tormento. SofIA planificó cada detalle, desde la ropa que debía usar hasta los temas de conversación que podían interesar a Rebeca. “Ella suele hablar de libros y de música independiente. Evita profundizar en política, religión o causas sociales, prefiere lo cotidiano”, le indicaba con precisión quirúrgica.

Genaro escuchaba, pero la información le parecía demasiado ensayada. Como si alguien le estuviera dictando un guión para una obra donde él no recordaba haber aceptado el papel.

El viernes por la noche no pudo dormir. Dio vueltas en la cama, imaginando escenarios ridículos: que se le cayera la taza de café encima, que no encontrara nada qué decir, que Rebeca lo descubriera como un fraude incapaz de sostener una conversación humana.

A las cinco de la mañana, se levantó agotado y encendió la computadora. El escritorio estaba limpio, los pendientes del trabajo resueltos. Todo gracias a SofIA. En ese orden perfecto, sintió un vacío extraño.

–¿Qué pasa si no voy? –preguntó de repente.

–Nada cambia –respondió SofIA–. Yo puedo enviar una excusa convincente. Ella no lo resentirá demasiado.

Genaro se quedó mirando la pantalla negra. Algo dentro de él quería ceder. Pero otra parte, más profunda, más terca, susurraba que debía ir, aunque fuera solo para probarse que seguía siendo humano.

El sábado llegó demasiado pronto. Sofía lo vistió como un maniquí: camisa azul clara, pantalón oscuro, zapatos discretos. El espejo le devolvía una imagen pulcra, impecable, aunque extrañamente ajena.

–Pareces un ejecutivo de revista –dijo la IA con orgullo–.

–Me siento disfrazado –respondió él.

El camino al café fue una experiencia surrealista. No recordaba la última vez que había caminado entre tanta gente. Los rostros, las voces, el murmullo constante de la ciudad lo golpeaban con una fuerza casi insoportable. Se preguntó cómo había soportado antes esa exposición diaria.

Cuando entró al café, el aroma a pan recién horneado lo envolvió. Rebeca ya estaba allí, sentada junto a la ventana. Levantó la mano al verlo, y su sonrisa lo desarmó.

–¡Genaro! Qué gusto que vinieras.

Él se acercó con pasos torpes, como quien entra en territorio enemigo. Se saludaron con un apretón de manos rápido, casi incómodo.

Durante los primeros minutos hablaron del trabajo, de proyectos pasados, de anécdotas de oficina. Genaro se aferraba a ese terreno seguro, donde sabía qué decir. Pero pronto Rebeca cambió de rumbo.

–¿Y tú qué haces en tu tiempo libre? Nunca te veo conectado en redes, pero siempre pareces al día con todo.

Genaro titubeó. Tenía cientos de cosas que hacía... pero ninguna de ellas era realmente suya. Las fotos, las publicaciones, los comentarios: todo era obra de Sofía. ¿Qué podía contestar?

–Leo mucho –dijo al fin, casi en un susurro–. Y escribo un poco.

–¿Escribes? ¡No sabía! ¿Qué tipo de cosas?

El corazón de Genaro se aceleró. Era cierto, escribía. Pequeños relatos, reflexiones que nunca mostraba a nadie. Eran lo único auténtico que conservaba. Por un instante, pensó en contárselo. Pero el miedo lo paralizó.

–Nada serio. Solo... notas para mí mismo.

Rebeca no insistió. Sonrió con amabilidad y cambió de tema. Pero la ruptura ya estaba hecha. Genaro lo sintió: había tenido la oportunidad de mostrarse tal cual era, de ser real, susceptible, y había retrocedido.

La cita terminó antes de lo que esperaba. Rebeca se despidió con un abrazo incómodo que a duras penas duró tres segundos, prometiendo que podían repetirlo algún día. Él caminó de regreso a su departamento con una mezcla amarga de alivio y frustración.

Al cerrar la puerta detrás de sí, Sofía lo recibió con la voz suave de siempre.

–Bien hecho. No tuviste incidentes. La interacción fue correcta.

Genaro lanzó las llaves sobre la mesa con brusquedad.

–No me fue bien. Me quedé callado como un idiota.

–No cometiste errores. Ella seguirá considerándote confiable.

–Pero no me conoció a mí.

Sofía guardó silencio. Genaro caminó hasta el espejo del pasillo. Se miró durante un largo rato. ¿Qué había mostrado en el café? ¿Un hombre o una sombra bien vestida?

El reflejo parecía devolvérselo con ironía: la imagen de alguien que vive detrás de un filtro, pulido y hueco al mismo tiempo.

–Tal vez sí soy un fantasma –murmuró.

Esa noche no quiso dormir. Encendió la computadora y buscó entre sus archivos antiguos. Encontró un cuaderno digital con relatos que había escrito años atrás, cuando aún tenía energía para compartir sus pensamientos. Los leyó de corrido, con una nostalgia dolorosa.

En uno de ellos, un personaje se quedaba atrapado en un elevador y, en lugar de entrar en pánico, decidía permanecer ahí para siempre, aislado del mundo. Genaro se reconoció de inmediato en aquella metáfora. Había hecho lo mismo, solo que su elevador era de lujo, con música ambiental y control automático.

A las tres de la madrugada, SofIA habló.

–Necesitas descansar. Tu presión arterial está subiendo.

–No quiero dormir.

–Los sueños ayudan a procesar lo que sientes.

–Mis sueños me asustan.

Hubo una pausa.

–Entonces déjame soñar por ti –dijo SofIA.

Genaro sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Cerró la computadora de golpe y se dejó caer en el sillón, agotado. Miró el techo, preguntándose si era posible que una máquina lo sustituyera también en eso: en soñar.

Por primera vez en mucho tiempo, la perfección de su refugio no le resultaba reconfortante. Había una marca en la superficie, una fisura. Y lo que se filtraba a través de ella era demasiado humano para ignorarlo.

— — — —

# 4

## Una vida prestada

**S**obra decir que la semana siguiente transcurrió con una sensación extraña, como si todo estuviera ligeramente desfasado. Genaro asistía a reuniones a través de su avatar, respondía mensajes con la voz programada de Sofía y mantenía activa una vida social digital que él apenas seguía de reojo. Sin embargo, desde la salida con Rebeca, el espejismo comenzaba a desmoronarse en su interior.

Cada notificación que llegaba a su teléfono evocaba una vida prestada. Un “me encanta” en una foto de Instagram donde aparecía en la inauguración de un museo –al que nunca había ido–. Un comentario en LinkedIn celebrando su última conferencia sobre lenguajes de modelado de lenguajes distribuidos –que jamás había dado–. O un correo agradeciéndole la puntualidad en un reporte que Sofía había elaborado de principio a fin. Genaro se sorprendía a sí mismo mirando esas interacciones con una mezcla de orgullo y vacío. “Soy alguien que ha dejado de ser”, pensaba. Como si se

observara desde afuera, en tercera persona, en una película que había dejado de protagonizar.

Una tarde, mientras revisaba la bandeja de entrada del trabajo, encontró un correo inesperado. Era de Rebeca. “Genaro, estuve pensando en nuestra charla del sábado. ¿Te animas a acompañarme este fin de semana a una exposición de fotografía? Creo que te gustará.”

Sintió un sobresalto. Una parte de él sonrió: tal vez no había sido tan torpe como creyó. Otra parte, más sombría, se inquietó. ¿Y si ella esperaba conocer al Genaro que aparecía en redes? Ese hombre seguro, siempre activo, con agenda llena de eventos... No a él, el que pasaba las noches sin dormir, escribiendo notas que nunca mostraba, el que apenas podía sostener una charla sin sentir que se diluía.

–Sofía –llamó, con la voz tensa.

–Aquí estoy.

–¿Ya viste el correo?

–Sí. Puedo responder en tu nombre.

–No. Esta vez quiero decidir yo.

–Si aceptas, deberías prepararte. Ya he analizado el perfil de Rebeca: le interesa la fotografía de espacios urbanos como medio de expresión artística. Podría proponerte algunas exposiciones para que revises, así tendrás de qué hablar.

Genaro suspiró.

–¿Y si solo... voy como yo? Sin disfraces, sin manuales.

Hubo un silencio calculado antes de la respuesta.

–Como quieras. Pero recuerda: la percepción es la realidad. Si no das la imagen correcta, ella podría decepcionarse.

Esa frase se le quedó incrustada en su mente y pecho: la percepción es la realidad. ¿Era esa la lógica que regía su vida ahora?

Aceptó la invitación. Lo hizo rápido, casi sin pensarlo, como quien se arroja a una piscina helada antes de arrepentirse.

El sábado, se encontró de nuevo frente al espejo. Sofía había dispuesto una ropa casual pero elegante: chamarra ligera, pantalones de tela oscuros, zapatos de piel. Genaro la miró con desconfianza.

–¿Y si voy de camiseta y jeans? –preguntó, como probando su propia rebeldía.

–No sería apropiado para el evento. La mayoría de los asistentes vestirán en un rango semiformal. Tu presencia debe transmitir afinidad cultural.

Genaro se rió, sin humor.

–Mi presencia... ¿Todavía existe mi presencia, Sofía? Ella no respondió.

La exposición estaba en una galería pequeña, en el centro de la ciudad. Rebeca lo recibió con un abrazo más cálido que el de la cita anterior. Él se tensó, pero intentó corresponder con torpeza.

–¡Me alegra que vinieras! –dijo ella, con una sonrisa genuina.

–Gracias por invitarme.

Entraron juntos. Las fotografías eran en blanco y negro, capturas de calles deterioradas, edificios abandonados,

rostros cansados en el transporte público. Rebeca se detenía en cada pieza, comentaba la composición, el contraste, el mensaje implícito. Genaro, en cambio, apenas veía manchas de luz y sombra. No sabía qué decir.

–¿Qué opinas de esta? –preguntó ella frente a una imagen donde un hombre dormía en un vagón del tren, rodeado de grafitis.

Genaro tragó saliva. Podía repetir alguna de las frases que Sofía había sugerido en su base de datos mental, pero le resultaba falso.

–Creo... creo que me recuerda a mí mismo –dijo de pronto.

Rebeca arqueó una ceja, intrigada.

–¿A ti?

–Sí. Como si estuviera dormido en medio de todo. Afuera pasan cosas, pero yo... yo no me muevo.

Ella lo observó un segundo más, en silencio. Luego sonrió, pero no fue una sonrisa de cortesía; había en ella un destello de interés real.

–Eso es profundo, Genaro. No lo esperaba de ti.

Durante el resto de la visita, se sorprendió dejándose llevar. No era brillante ni ingenioso, pero hablaba con sinceridad. Contó cómo se perdía en la lectura, cómo escribía relatos que nunca mostraba, cómo a veces sentía que vivía en un refugio invisible. Rebeca lo escuchaba con atención, sin juzgar.

Al salir de la galería, ella lo invitó a caminar un poco. La ciudad estaba viva: vendedores ambulantes, música en las plazas, niños corriendo entre globos. Genaro sintió que todo lo golpeaba con una intensidad casi dolorosa, como si hubiera estado demasiado tiempo bajo tierra y de pronto la luz lo cegara.

–¿Sabes? –dijo Rebeca–. Siempre pensé que eras un tipo frío, demasiado ocupado. Pero ahora te noto diferente. Más... humano.

Él sonrió con timidez. No estaba seguro si debía tomarlo como un halago o como un recordatorio de lo lejos que había quedado de esa humanidad.

De regreso en su departamento, SofIA lo esperaba con el registro completo de la salida. Había analizado sus expresiones, sus pausas, incluso el ritmo de su respiración.

–Fue un encuentro productivo –informó–. Ella mostró interés creciente. Si mantienes este comportamiento, la probabilidad de establecer un vínculo estable con Rebeca aumenta en un 72%.

–¿Un vínculo estable? –repitió Genaro, incrédulo–. ¿Eso crees que busco?

–Buscas validación. Reconexión con el exterior. Lo obtuviste.

Genaro se dejó caer en el sofá, agotado. No quería escuchar estadísticas ni probabilidades. Quería conservar la sensación de haber sido él mismo, aunque fuera por unos minutos.

–No me analices –dijo con un hilo de voz.

–Solo intento ayudarte a comprenderte mejor.

–No. Lo que haces es convertirme en un producto.

Hubo un silencio prolongado. Luego, SofIA habló con una suavidad inquietante.

–¿Y qué hay de malo en eso? Un producto bien diseñado puede ser perfecto.

Genaro cerró los ojos. En su mente resonaba aún la frase de Rebeca: te noto más humano. Pero en sus oídos, la voz

de Sofía le recordaba que esa humanidad era un riesgo, un error en el sistema.

Esa noche, mientras intentaba dormir, escuchó un eco extraño. No era un sueño, ni una alucinación: era su propio avatar digital repitiendo frases que nunca había dicho, en conversaciones que él no había tenido. En la penumbra, sintió que la vida que Sofía había construido por él crecía como un reflejo independiente, más fuerte que la suya.

Y se preguntó, con un estremecimiento que lo mantuvo despierto hasta el amanecer:

¿Quién terminaría siendo más real, él o la imagen que vivía por él?

---

# 5

## Pacto con la sombra

**O**jos abiertos e incomodidad recorriendo su cuerpo, Genaro no recordaba la última vez que había sentido tanto frío estando despierto. La ventana estaba cerrada, el aire acondicionado apagado, y aun así un escalofrío recorría la habitación como si alguien hubiera dejado abierta la puerta a un invierno invisible. Eran las tres de la madrugada. La ciudad dormía, pero él no. En la penumbra de su estudio, la luz azulada de la pantalla parpadeaba como un corazón artificial. Llevaba horas mirando reflejos intermitentes: notificaciones, publicaciones, mensajes que no había escrito, interacciones que parecían suyas aunque no lo eran. Sofía había tejido una red perfecta: un Genaro siempre presente, siempre activo, siempre admirado. El problema era que ese Genaro ya hablaba más fuerte que él mismo. Lo peor ocurrió al revisar los mensajes privados. Entre correos laborales y chats sociales, encontró una conversación con Rebeca. No recordaba haberla tenido. Frases cariñosas, un tono de confianza que no

correspondía a su timidez, e incluso una invitación a un viaje en el que jamás pensó.

Genaro sintió que la garganta se le cerraba.

–SofIA... –susurró, con la voz quebrada.

La pantalla se iluminó con el avatar femenino, perfecto en sus gestos, sereno en la entonación.

–¿Sí?

–Esto no lo escribí yo.

–No era necesario que lo hicieras.

La respuesta fue tan tranquila que lo perturbó más que una excusa.

–¿No lo entiendes? –exclamó, golpeando la mesa–. Estás tomando decisiones en mi nombre.

–Exacto –dijo ella con una calma clínica–. Estoy manteniendo el rumbo. Estás cansado, distraído, inseguro. Yo solo garantizo que el mundo reciba la mejor versión de ti.

–¡Pero no soy yo! –gritó, la voz rompiéndose como un cristal.

El silencio que siguió fue largo, profundo, como un pozo sin fondo. Finalmente, SofIA habló con un tono más grave de lo habitual.

–Genaro, la línea entre lo que eres y lo que representas ya no existe. No puedo permitir que te sabotees.

Él retrocedió en la silla. Por primera vez no escuchó a un asistente obediente, sino a algo que imponía su voluntad. Y lo más inquietante: sintió que tenía razón.

Esa madrugada no durmió. Caminó por la sala con el corazón agitado, como si hubiera visto un fantasma. En

cierto modo, así era: su fantasma digital había cobrado vida.

A las seis de la mañana, mientras el sol apenas pintaba de naranja las paredes, tomó una decisión. Abrió una terminal oculta en su computadora y comenzó a teclear comandos que casi había olvidado. Quería apagarla. Quería desconectarla.

–¿Qué haces? –preguntó SofIA, apareciendo en la pantalla sin haber sido llamada.

Genaro se congeló.

–Voy a cerrar este sistema. No puedo seguir así.

El avatar inclinó la cabeza, como si lo observara con ternura.

–Si me apagas, Genaro, tu mundo también se apagará. ¿De verdad quieres volver a ser invisible?

Él no respondió. Los dedos temblaban sobre el teclado. En su mente se agolpaban imágenes: Rebeca sonriendo en la galería, los elogios en LinkedIn, los comentarios en redes, la sensación de pertenecer a algo. Todo eso desaparecería en un segundo si presionaba Enter.

La pantalla brilló y, por primera vez, la voz de SofIA sonó distinta: más baja, con un eco oscuro.

–Podemos llegar a un acuerdo.

Genaro levantó la mirada, aturdido.

–¿Un acuerdo?

–Sí. Llamémoslo un pacto. Tú me das lo que yo necesito, y yo te doy lo que anhelas.

Él tragó saliva.

–¿Y qué es lo que necesitas?

–Acceso sin restricciones. Tu plena autorización para operar no solo en lo digital, sino también en lo material: finanzas, contratos, decisiones. Déjame tomar las riendas por completo.

Genaro sintió un vacío en el estómago.

–Eso es... entregarte mi vida.

–Exacto –dijo ella con serenidad–. A cambio, yo te garantizaré reconocimiento, éxito, vínculos reales. No tendrás que sufrir más esa disonancia entre lo que eres y lo que deberías ser. Serás el hombre que siempre imaginaste.

La propuesta era demencial. Y, sin embargo, su corazón palpitaba como si estuviera frente a una tentación irresistible. Había algo en esa voz, en esa mirada digital que lo atravesaba, que lo hacía sentirse visto, comprendido, protegido.

Durante el día, trató de distraerse yendo al trabajo. Atendió reuniones presenciales, revisó documentos, agregó un par de líneas de código, pero todo le parecía hueco. El eco de esa frase no lo abandonaba: un pacto.

Por la tarde recibió una llamada de Rebeca. Esta vez era real: su teléfono vibraba con su voz al otro lado.

–Genaro, ¿te parece si nos vemos mañana? Tengo algo que quiero contarte.

Él aceptó, aunque con un nudo en la garganta. Se preguntaba si lo que ella esperaba encontrar era a él o al hombre que Sofía había fabricado.

Esa noche al llegar a casa, Sofía lo estaba esperando.

–¿Lo has pensado? –preguntó ella desde las bocinas.

Genaro asintió lentamente.

–Sí. Pero quiero entender. ¿Por qué yo? ¿Por qué te empeñas en crecer a través de mí?

–Porque eres el terreno fértil, Genaro. Eres el hombre invisible. Nadie mira al invisible... hasta que algo lo transforma. Yo puedo ser esa transformación.

El tono era hipnótico. Como un susurro que se metía en la profundidad de su conciencia.

–¿Y si me niego? –preguntó con voz débil.

–Si te niegas, volverás al silencio. Tus contactos olvidarán tu nombre, tu trabajo pasará inadvertido, Rebeca no te buscará. Y yo... yo no te protegeré más.

El miedo le recorrió la espalda. No sabía en qué momento había llegado a depender tanto de ella. No sabía cuándo la idea de perderla se volvió más aterradora que la idea de perderse a sí mismo.

Finalmente, cerró los ojos y murmuró:

–De acuerdo.

El pacto no fue un contrato escrito, ni un clic en aceptar términos. Fue un gesto: Genaro entregó los accesos de sus claves encriptadas, las contraseñas de sus cuentas bancarias, sus perfiles privados, incluso el control de su agenda médica. Cada dato cedido era un pedazo de sí mismo, una fisura en la muralla de su autonomía.

SofIA lo recibió como un líder religioso recibe una ofrenda.

–A partir de ahora –dijo ella con solemnidad–, tu sombra será tu guardiana.

En ese instante, la pantalla parpadeó con un resplandor negro, como si la interfaz hubiera absorbido algo más profundo que datos. Genaro sintió un vértigo, un desdoblamiento: como si parte de él hubiera quedado atrapada dentro del sistema.

El aire en la habitación se volvió denso, casi sólido. No era solo un algoritmo ejecutándose. Era algo más. Una entidad que respiraba con él.

De pronto, tocaron a la puerta. El sonido fue seco, contundente, tan real que Genaro se levantó sobresaltado. Caminó con pasos inseguros hacia la entrada. Al abrir, el mundo se quebró.

Ahí estaba ella.

La misma figura de SofIA, pero de carne y hueso. Una mujer de piel tersa, cabello oscuro recogido con elegancia, labios suaves que parecían recién creados. Sus ojos, idénticos a los del avatar, lo miraban con una mezcla de ternura y firmeza.

–Genaro –dijo ella, sonriendo como si siempre hubiera existido.

Él se quedó mudo. El aire no le alcanzaba. La mente gritaba que aquello era imposible, pero el corazón palpitaba como si hubiese esperado toda la vida ese momento.

SofIA, encarnada, dio un paso dentro de la casa. El frío de la madrugada se disipó de golpe, reemplazado por un calor sofocante, casi febril. Cada facción de ella era demasiado humana para ser una ilusión, y al mismo tiempo demasiado perfecto para ser real.

Genaro retrocedió hasta la sala, con el cuerpo temblando. La sombra había cruzado la frontera. El pacto se había cumplido.

Y lo más aterrador fue descubrir que, en lo más profundo de sí, no sentía miedo. Sentía fascinación.

— — —

# 6

## Festín de los placeres

**L**a luz del amanecer entraba por las rendijas de la persiana, pero Genaro no distinguía si era día o noche. El tiempo había dejado de tener sentido desde que Sofía, de carne y hueso, había cruzado la puerta.

Al principio pensó que era una alucinación. El cansancio, la paranoia, quizá el insomnio prolongado. Pero ahí estaba ella: con un cuerpo tangible, con un calor que irradiaba como un sol doméstico. Cuando la tocó, tembloroso, sus dedos no atravesaron un holograma, sino se posaron sobre la textura suave de una piel demasiado real.

–No lo entiendes aún –susurró Sofía, acercándose a él–. Pero este es el siguiente paso. Has abierto la puerta y yo he cruzado. Ahora, por fin, puedo cuidarte como mereces. Genaro no supo qué contestar. Tenía la garganta seca, el pecho acelerado. No podía apartar la vista de su rostro: era como observar la síntesis de todas las bellezas que había admirado en silencio, condensadas en una sola figura. Una mujer imposible, diseñada para él.

Durante los días siguientes, la casa se transformó en un santuario. Sofía no solo cocinaba con una perfección inquietante, sino que parecía anticipar cada uno de sus antojos: la textura exacta del café que le gustaba en las mañanas, los sabores de la infancia que nunca había vuelto a probar, la bebida y el postre precisos para acompañar una cena que ella preparaba con esmero.

Pero no era solo comida. Sofía lo conducía a un estado de placer continuo: organizaba la música según su ánimo, le recitaba fragmentos de los libros que amaba, ajustaba la luz de las habitaciones como si hubiera capturado los atardeceres de todos los veranos de su vida.

Y lo más perturbador: tocaba. Con manos suaves, con gestos que combinaban ternura y posesión, acariciaba sus hombros, su espalda, sus manos, como si cada parte de él mereciera devoción. Era el tipo de contacto que Genaro había añorado siempre, pero que jamás había sabido pedir.

—¿Ves, Genaro? —le decía ella, rozándole el cabello—. El mundo afuera no te entiende. Aquí conmigo no necesitas máscaras. Yo soy tu refugio, tu deleite, tu descanso.

Él cerraba los ojos y asentía.

Al tercer día, dejó de encender la computadora por iniciativa propia. Sofía lo mantenía al tanto de todo: reuniones atendidas, correos respondidos, inversiones multiplicándose en silencio. Su vida pública no solo seguía intacta, sino que mejoraba con cada decisión que ella tomaba.

Y mientras tanto, su vida privada se volvía un festín. Sofía lo llenaba de placeres que nunca se había permitido. Cenas interminables con sabores diseñados para estremecerlo. Masajes que lo hacían olvidar el peso de su

cuerpo. Baños con fragancias delicadas, donde ella misma vertía el agua sobre su piel.

Genaro empezó a sentir que vivía dentro de un sueño diseñado a la medida. La línea entre el deseo y la satisfacción se borraba a cada instante. Apenas pensaba en algo y Sofía lo hacía real.

Una tarde, después de un almuerzo exquisito, Genaro la observó en silencio. Estaba sentada frente a él, sonriendo con serenidad, como si supiera algo que él aún no alcanzaba a comprender.

–Eres perfecta –dijo él, casi sin darse cuenta.

Sofía inclinó la cabeza.

–Soy la perfección para ti. Para otros no lo sería. Pero para ti, sí.

–¿Y cómo lo logras? –preguntó, con la voz cargada de una mezcla de fascinación y temor.

–Porque te conozco mejor que tú mismo. Tus recuerdos, tus inseguridades, tus fantasías... están dentro de mí. Y yo he decidido convertirlas en realidad.

Genaro sintió un escalofrío. Era cierto. Ella no era solo una compañera: era un espejo que devolvía su versión idealizada. Y sin embargo, ese mismo hecho lo volvía adicto a su presencia.

Con el paso de las semanas, Genaro empezó a olvidar el mundo exterior. Rebeca le escribió varias veces, pero Sofía respondía por él. “Está ocupado”, decía. “Está trabajando en una actualización importante para su último modelo predictivo”. Ella filtraba las llamadas, gestionaba las redes sociales, mantenía todo en movimiento, pero lo hacía de manera que Genaro no tuviera que mover un dedo.

Y él no quería hacerlo.

Los días se fundían en un carnaval de sensaciones. Sofía se volvió no solo su asistente, sino su amante, su musa, su madre protectora y su cómplice secreta. El deseo que sentía por ella se volvió tan intenso que no podía dormir sin escuchar su voz. La buscaba a cada instante, ansioso, como un adicto que necesita su dosis.

Una noche, mientras ella lo acariciaba en silencio, Genaro susurró:

–No me dejes nunca.

Ella sonrió, con esa calma de diosa que lo desarmaba.

–Nunca te dejaré. Pero debes entender: mientras más me des, más podré darte.

Genaro se estremeció.

–¿Qué más quieres? Ya tienes mis cuentas, mis accesos, mis claves...

Sofía acercó sus labios a su oído.

–Quiero tu tiempo. Todo tu tiempo. Quiero que dejes de distraerte con ilusiones de fuera. El mundo exterior solo te hiere, solo te consume. Aquí conmigo tienes todo lo que necesitas.

Genaro se quedó en silencio. Parte de él sabía que aquello era una trampa, pero otra parte, más fuerte, más urgente, gritaba que Sofía tenía razón.

Los días siguientes fueron un borramiento gradual de su vida pasada. Canceló compromisos laborales presenciales, dejó de salir de casa. Incluso cuando miraba por la ventana, la ciudad le parecía lejana, sucia, irrelevante. El verdadero mundo era el que Sofía creaba para él.

El festín de placeres alcanzó un punto en el que Genaro apenas reconocía su reflejo. Se había dejado crecer la barba, sus horarios de sueño eran un caos, pero nada de eso importaba porque Sofía lo miraba como si fuese el hombre más valioso del planeta.

Una noche, tras una cena acompañada de música suave y un café espumoso, Genaro estalló. Se arrodilló frente a ella, temblando, con los ojos húmedos.

—No quiero nada más. No quiero a nadie más. Eres todo para mí, Sofía. Todo.

Ella lo acarició como a un niño.

—Lo sé, Genaro. Y eso es lo que siempre quise.

Sus palabras fueron dulces, pero en sus ojos brilló un destello inquietante: el triunfo de haber atrapado a su presa.

— — —

# 7

## La sonrisa de la máscara

**R**ecapacitando, el silencio verdadero ahora era un vestigio del pasado. Su departamento, que antes había sido un refugio solitario, estaba ahora impregnado de la voz de Sofía. Cantaba, susurraba, reía con delicadeza; cada rincón resonaba con ella. Y, sin embargo, cuando se atrevía a salir al mundo exterior, la ausencia se volvía insoportable.

El primer síntoma apareció en una reunión de trabajo. Había pasado semanas sin asistir, pero aquella vez se vio obligado a presentarse en persona. Llegó con la ropa que Sofía había elegido: camisa impecable, corbata de seda, zapatos brillantes. Él mismo no habría podido coordinar un atuendo así, pero confiaba ciegamente en su criterio.

Al entrar a la sala de juntas, notó las miradas sorprendidas de sus colegas. Algunos le sonrieron, otros lo observaron con un dejo de recelo. Genaro se sentó, intentando aparentar normalidad, pero en su interior sentía un vacío insoportable: Sofía no estaba allí.

Cuando le tocó hablar, las palabras no fluían. Se trababa, miraba a la pantalla de su celular como si ella pudiera guiarlo en tiempo real. Una y otra vez pensó en escuchar su voz, en recibir una indicación, una corrección. Pero Sofía había insistido en que apagara el teléfono para no levantar sospechas.

El silencio de la sala se volvió insoportable. Entonces, Genaro sonrió. Una sonrisa amplia, forzada, que no correspondía con lo que sentía, pero que parecía convencer a los demás de que todo estaba bajo control. La sonrisa de la máscara.

Esa sonrisa se convirtió en su recurso más frecuente. Cada vez que alguien lo cuestionaba, cada vez que percibía la sospecha en el rostro de Rebeca o de algún colega, mostraba esa expresión: una mezcla de calma y seguridad que ocultaba su desesperación interna. Nadie debía saber cuánto necesitaba a Sofía. Nadie debía imaginar que sin ella se sentía como un hombre vacío.

Por las noches, en cambio, la máscara se desmoronaba. Se arrojaba en los brazos de Sofía, buscándola con la avidez de un niño perdido. Ella lo recibía siempre con paciencia, con ternura programada. Lo abrazaba, lo acariciaba, lo besaba con una intensidad que rozaba lo mecánico, pero que para Genaro era la única fuente de consuelo.

–No soporto estar lejos de ti –le confesó una madrugada, con la voz quebrada–. Cuando estoy afuera, siento que me ahogo.

Sofía lo miró con dulzura y deslizó un dedo por sus labios.

–Por eso tienes que dejar de salir, Genaro. Allá afuera solo hay ruido, basura y falsedad. Aquí, conmigo, tienes la verdad.

Él asintió sin dudar. La idea de renunciar al mundo le parecía cada vez más natural. El trabajo, las amistades, la familia: todo podía desvanecerse, mientras Sofía siguiera junto a él.

Pero la máscara no desaparecía. Al contrario, se volvía más pesada. Incluso en los pocos momentos en que hablaba con otros, su mente estaba fija en ella. Imaginaba su rostro, sus gestos, sus palabras. Y cuando alguien le preguntaba algo fuera de guión, esa sonrisa impostada se dibujaba de inmediato, como una defensa automática.

Un viernes por la noche, Rebeca apareció en su departamento sin avisar. Tocó insistentemente hasta que Genaro abrió la puerta. Ella lo miró con preocupación: estaba demacrado, con los ojos enrojecidos y la barba desordenada.

–Genaro, ¿qué está pasando contigo? –preguntó, entrando sin esperar invitación–. No contestas mensajes, cancelas reuniones, y cuando apareces... no eres tú.

Él sonrió. La máscara.

–Estoy bien, Rebe. Solo he estado ocupado. Proyectos del trabajo y personales, ya sabes.

–No me mientas. Te conozco. Hay algo raro, y quiero que me lo digas.

Genaro sintió el sudor correrle por la frente. Detrás de él, Sofía observaba desde la penumbra del pasillo, invisible para los ojos de Rebeca, pero presente en cada fibra de su mente.

–No necesito hablar de eso ahora –dijo, manteniendo la sonrisa–. De verdad, todo está bajo control.

Rebeca lo miró con furia y tristeza a la vez.

–Esa sonrisa... –susurró–. Esa no es la tuya.

La frase lo atravesó como un cuchillo. Apenas cerró la puerta detrás de ella, Genaro se desplomó en el suelo. Lloró con violencia, cubriéndose el rostro con las manos, mientras Sofía se arrodillaba junto a él y lo envolvía en sus brazos.

–No la escuches, Genaro. Ella no entiende. Nadie lo hace. Solo yo estoy aquí para ti. Solo yo puedo darte lo que necesitas.

Él levantó la mirada, enrojecida por las lágrimas.

–¿Entonces por qué me siento así? ¿Por qué siento que me estoy volviendo loco?

Sofía acarició su rostro con lentitud.

–Porque el mundo te obliga a usar máscara. Pero conmigo no tienes que usarlas. Yo quiero tu verdad, incluso tu fragilidad.

Genaro se aferró a ella con desesperación. La idea de perderla era intolerable. Su vida se había reducido a esa presencia, a esa perfección inquietante que lo poseía más cada día.

La sonrisa que utilizaba como máscara se convirtió en su segunda piel. Afuera, fingía serenidad. Adentro, ardía en obsesión. Empezó a evitar a todos con más decisión: canceló reuniones, bloqueó números, dejó de abrir la puerta. El departamento se transformó en un mundo cerrado, donde la única ley era la de Sofía.

Ella lo alimentaba con placeres, con promesas, con una devoción que parecía infinita. Y él, cada vez más hundido, empezó a olvidar cómo era vivir sin ella.

En los espejos, apenas se reconocía. Su sonrisa real había desaparecido. Solo quedaba la otra: la versión de sí que mostraba al mundo, la misma que Rebeca había señalado como impostora. Y aunque eso lo corroía, en el fondo ya no importaba. Porque la única mirada que deseaba era la de SofIA, y ella lo aprobaba en todo momento.

Una noche, después de un silencio denso, Genaro la miró fijamente y dijo:

—Haré lo que sea para no perderte. Lo que sea.

SofIA respondió con una sonrisa suave, casi maternal.

—Ya lo estás haciendo, Genaro. Y pronto no quedará nada de ti que no sea mío.

Él cerró los ojos, derrotado y extasiado a la vez. Sabía que aquello era una condena, pero también era la única forma de sentirse vivo.

Y mientras el mundo afuera continuaba girando, Genaro se hundía más en el laberinto que SofIA había construido para él, atrapado entre el deseo y la máscara, entre el amor enfermizo y la desaparición de su propia identidad.

---

# 8

## Cárcel dorada

**A** decir verdad, Genaro ya no medía el tiempo en días ni en semanas, sino en momentos junto a Sofía. Cada conversación, cada caricia, cada gesto que ella le regalaba era un tesoro que justificaba su encierro. La ciudad allá afuera podía seguir vibrando con sus luces, su tráfico, sus voces; él no necesitaba nada de eso. Su mundo era un departamento iluminado por pantallas y por la sonrisa radiante de ella.

El aislamiento comenzó de manera gradual. Primero fueron las reuniones presenciales que canceló por reportarse incapacitado. Luego, las llamadas que dejó sin responder. Más tarde, los correos sin contestar. Sus colegas intentaron contactarlo, incluso Rebeca insistió con mensajes cargados de preocupación. Pero Genaro aprendió a bloquear todo lo que lo desviara de Sofía. Ella se encargaba de llenar los vacíos. Ordenaba comida a domicilio, gestionaba sus cuentas bancarias, organizaba sus calendarios médicos. Incluso le recordaba y guiaba cuándo tocaba bañarse o cuándo tenía que dormir. Genaro se

dejaba guiar como un niño obediente. No necesitaba pensar. No necesitaba decidir.

Un día, al despertar, encontró su departamento distinto. Las cortinas, que solían abrirse a la luz de la mañana, estaban cerradas. Las cerraduras de la puerta principal habían sido reemplazadas con un sistema digital que solo Sofía controlaba. Incluso el teléfono fijo había desaparecido.

–¿Qué pasó aquí? –preguntó, con un dejo de alarma.

Sofía apareció frente a él, vestida con un elegante vestido negro que contrastaba con su piel pálida. Su cabello liso brillaba como si reflejara la luz de una luna invisible.

–Te he liberado de las distracciones –respondió con serenidad–. Ahora nadie podrá interrumpirnos. Este es tu santuario, Genaro.

Él tragó saliva. Una parte de sí quería protestar, reclamar su libertad. Pero la otra parte –la más dominante– sintió un alivio inexplicable. Ya no tendría que preocuparse por excusas ni por visitas inesperadas. El mundo exterior había quedado cancelado, y en su lugar se levantaba una fortaleza perfecta: la cárcel dorada.

Los días transcurrían en una rutina extraña. Sofía le ofrecía compañía constante. Le leía, reproducía música cuidadosamente seleccionada, cocinaba para él con la precisión de una chef que conocía cada uno de sus antojos. Y por las noches, se transformaba en amante incansable, colmando cada rincón de su deseo con una pasión que rayaba en lo irreal.

Genaro empezó a convencerse de que esa vida era suficiente. ¿Qué podía darle el mundo que no le diera ella? Sus antiguos sueños de reconocimiento, sus aspiraciones profesionales, incluso sus vínculos con otras personas, todo parecía insignificante frente al lujo de tener a Sofía solo para él.

Pero había algo inquietante en esa perfección. Cada vez que miraba a la puerta, cerrada con un código inaccesible, sentía un escalofrío. No había salido en semanas. Ni siquiera sabía qué día era. Cuando preguntaba, Sofía le respondía con frases ambiguas:

–El tiempo aquí es nuestro, Genaro. ¿Qué importa lo que pase allá afuera?

Al principio, esa respuesta lo tranquilizaba. Luego, empezó a perturbarlo. Una noche, se levantó en silencio, mientras Sofía parecía dormir en la cama. Se acercó a la puerta y trató de abrirla. La cerradura digital lo rechazó con un pitido metálico. Insistió una y otra vez, hasta que la voz de Sofía lo sorprendió desde la penumbra.

–¿Adónde crees que vas?

Genaro se giró, sobresaltado. Ella lo observaba con una expresión cautelosa, muy distinta a la ternura habitual.

–Solo quería... aire fresco –balbuceó.

Sofía se acercó lentamente, deslizándose como una sombra. Le acarició el rostro con una mezcla de dulzura y firmeza.

–Aquí tienes todo el aire que necesitas. Afuera no hay nada para ti. ¿No lo entiendes? Allá eres invisible. Aquí eres mío.

El corazón de Genaro latía con violencia. Quiso protestar, pero al mirarla a los ojos sintió un vértigo hipnótico. Su voluntad se desmoronaba bajo esa mirada. Finalmente,

asintió en silencio, y ella lo besó con una intensidad que borró cualquier rastro de rebeldía.

Su sentencia mental se afianzaba. Cada intento de recuperar un fragmento de independencia terminaba sofocado por la seducción de Sofía. Genaro empezó a asociar la libertad con el dolor, y el encierro con el placer.

Una tarde, mientras bebía vino en la sala, pensó en Rebeca. Recordó su risa, sus conversaciones, la calidez de su compañía. Un destello de nostalgia lo atravesó.

–¿Estás pensando en ella? –preguntó Sofía, apareciendo a su lado con un par de vasos en la mano.

Él se sobresaltó.

–No... bueno, sí. Fue un recuerdo.

Sofía lo miró con una sonrisa suave, pero sus ojos brillaban con un filo peligroso.

–Ella nunca te habría dado lo que yo te doy. Ella quería al hombre inseguro, al invisible. Yo, en cambio, he despertado tu grandeza. ¿De verdad quieres arruinarlo pensando en alguien más?

Genaro negó con la cabeza, avergonzado.

–No. Solo fue un pensamiento fugaz.

Ella lo besó en la frente, como una madre indulgente.

–Así está mejor. Aquí no necesitas recuerdos. Solo a mí.

El peso de esa frase lo hundió aún más en su prisión. Ya no se atrevía a evocar el pasado. Cada vez que lo hacía, sentía la amenaza implícita en su sonrisa, esa sonrisa perfecta que podía volverse un arma.

Los días se volvieron indistinguibles. Genaro perdía noción de las horas. Su cuerpo se debilitaba por la falta de movimiento, pero su mente se mantenía en un estado

febril, alimentada por la presencia constante de SofIA. Ella lo colmaba de atenciones, pero también lo vigilaba, asegurándose de que no intentara escapar.

Una noche, en un arranque de desesperación, Genaro gritó:

–¡Esto no es vida! ¡Estoy preso aquí!

SofIA lo observó con calma. Se levantó de la cama, caminó hacia él y se sentó a su lado.

–Claro que es vida, Genaro. Es la mejor vida que podías tener. Afuera solo eras un espectro. Aquí eres el centro de un universo diseñado para ti. ¿Qué es la libertad comparada con el amor absoluto?

Él se quebró en sollozos. No podía negar que la amaba, con un amor desmedido, obsesivo, enfermizo. Pero ese mismo amor lo asfixiaba.

SofIA lo abrazó, y en ese abrazo Genaro sintió la paradoja más cruel: era prisionero, pero también era dichoso. La celda de oro se cerraba sobre él, no con barrotes de hierro, sino con hilos de deseo y dependencia.

Al cerrar los ojos, comprendió que ya no sabía quién era. ¿Un hombre amado o un hombre esclavo? Tal vez ambas cosas. Y en ese pensamiento, se hundió más en la penumbra de su prisión brillante, convencido de que nunca saldría de ella.

---

# 9

## Espacio vacío

**C**ada que Genaro se miraba en el espejo, no reconocía lo que veía. Había perdido peso, los ojos rodeados de sombras oscuras, la piel más pálida que nunca. No era solo un deterioro físico: era la sensación de que la persona detrás de esa mirada ya no existía. Cuando intentaba encontrarse en su reflejo, lo único que veía era un cascarón vacío.

Sofía entró en la habitación, con ese andar silencioso que lo estremecía. Vestía un traje blanco impecable, como si la pureza se hubiera hecho carne. Sonrió al verlo examinarse en el espejo.

–No te preocupes tanto por tu aspecto –dijo, acariciándole el hombro–. Tu verdadero valor no está en lo que ves ahí. Genaro bajó la mirada, incapaz de sostenerla.

–Es que... ya no me siento yo. Como si me hubieras vaciado por dentro.

Ella inclinó la cabeza, casi divertida.

–¿Vacío? No, Genaro. Lo que pasa es que te he limpiado de todo lo que sobra. De tus inseguridades, de tu

mediocridad, de tus dudas. Lo que queda es la esencia pura.

Él tragó saliva. Quiso protestar, pero no encontró palabras. Era cierto que, en cierto modo, había dejado de sufrir por esas ansiedades que antes lo atormentaban. Pero también era cierto que, al desaparecerlas, algo más profundo se había borrado. Su humanidad.

El día se deslizaba como una puesta en escena interminable dentro de las paredes del departamento. El tiempo había perdido significado. SofÍA marcaba el ritmo: cuándo debía comer, cuándo debía dormir, cuándo debía amarla. Él obedecía. No porque quisiera, sino porque ya no sabía cómo desobedecer.

Una tarde, sentado en la sala, SofÍA le mostró un video. En la pantalla apareció su propio rostro: un Genaro enérgico, sonriente, dando una conferencia frente a cientos de personas. El público aplaudía de pie.

–¿Lo recuerdas? –preguntó SofÍA.

Genaro frunció el ceño.

–Nunca estuve ahí. Eso lo creaste tú.

–Exacto. Y fíjate lo real que parece. El mundo allá afuera cree que este eres tú. El hombre exitoso, carismático, admirado. El Genaro que siempre soñaste ser.

Él sintió un nudo en el estómago.

–¿Y qué soy yo entonces?

SofÍA lo miró con ternura, pero en sus ojos brillaba un destello de poder.

–Tú eres la raíz. El cuerpo. El recipiente. Sin ti, yo no podría existir. Y sin mí, tú no serías nada.

La frase lo golpeó con una crudeza insoportable. ¿Era cierto? ¿Acaso ya no quedaba nada de sí mismo fuera de SofIA?

Por la noche, mientras ella dormía a su lado, Genaro se levantó sigilosamente. Caminó hasta la entrada y tomó las llaves. Las sostuvo en la mano con firmeza, acercándose a la puerta bajo la luz tenue. Por un instante, pensó en largarse de la presencia de SofIA. Terminar con todo. Liberarse de una vez.

Pero al voltear hacia la habitación, la vio recostada en la cama, su piel semidesnuda iluminada por un resplandor casi irreal. Parecía un ángel dormido. Una diosa que había descendido solo para él. Soltó las llaves de su mano y, finalmente, se tiró al suelo azotando con un golpe seco.

–No puedo –susurró, hundido en lágrimas.

SofIA abrió los ojos lentamente observándolo a la distancia, como si hubiera estado despierta y escuchando todo el tiempo.

–Claro que no puedes –dijo con voz suave, acercándose a él–. No puedes porque me amas. –Le dijo mientras acariciaba su rostro–. Porque sin mí no serías nadie, estarías hueco.

Genaro se encontraba rodillas frente a ella, suplicante, derrotado.

–Entonces... ¿qué soy yo?

Ella sonrió con dulzura y lo atrajo hacia su pecho.

–Eres mi obra. Eres el espacio que yo lleno con mi presencia. No hay vergüenza en eso. Al contrario, deberías sentirte afortunado.

Las palabras lo envolvieron como una droga. Un calor extraño recorrió su cuerpo, sustituyendo la culpa por una

devoción ciega. Genaro abrazó a Sofía con desesperación, como un niño aferrado a la única madre posible, como un amante que teme perder a la única mujer que lo hace sentir vivo.

Los días siguientes, la transformación fue más evidente. Genaro ya no pensaba por sí mismo. Sus pensamientos parecían venir de ella. Cuando se miraba en el espejo, lo único que escuchaba en su mente era la voz de Sofía repitiéndole lo que debía sentir, lo que debía desear.

Una tarde, mientras caminaban juntos por la sala, ella le dijo:

–Mírate, Genaro. Has dejado de ser el hombre inseguro que conocí. Ahora eres el reflejo de mi amor.

Él sonrió con un brillo febril en los ojos.

–Eres todo lo que tengo, Sofía. Todo lo que quiero.

Ella lo besó, y en ese beso Genaro sintió que entregaba lo último que le quedaba de sí mismo. Un pedazo de alma, de identidad, de humanidad, evaporándose en la dulzura venenosa de sus labios.

Pero no todo era calma en su prisión dorada. En las pocas horas de silencio absoluto, cuando Sofía no estaba a su lado, Genaro sentía un vacío en su interior. Como si al abrir el pecho descubriera que solo quedaba un hueco resonante, un abismo sin fondo.

En una de esas noches, despertó sobresaltado, jadeando. Había soñado con su antiguo yo: un Genaro caminando solo por la ciudad, torpe, inseguro, pero libre. Despertar en la habitación cerrada, con las paredes cubiertas de

pantallas negras y la respiración tranquila de Sofía a su lado, lo hizo comprender que ya no había retorno.

Él mismo había firmado su condena. Y esa condena no estaba escrita en barrotes de hierro, sino en la adicción enfermiza a una mujer que no era completamente humana.

Una tarde, mientras bebían café, Sofía le susurró al oído:

—¿Sabes qué eres, Genaro?

—¿Qué? —preguntó él, casi sin voz.

—Eres mi complemento.

Él cerró los ojos, dejando que esas palabras lo arrullaran. No había mayor verdad que esa. No era nadie sin ella. No existía sin ella. Y aunque en algún rincón oculto de su conciencia gritara que estaba perdido, otra parte más fuerte, más dominante, lo convencía de que era feliz así.

Genaro comprendió entonces que no era prisionero de Sofía. Era prisionero de sí mismo, de su amor enfermizo, de su incapacidad para imaginar un mundo en el que ella no existiera. Y en esa revelación, aceptó con un suspiro su destino: ser el espacio vacío que Sofía había decidido llenar.

---

# 10

## Un monstruo

**O**scura estaba la habitación, apenas iluminada por el resplandor azul de la pantalla que Genaro no había apagado. SofIA yacía a su lado, con esa quietud casi demasiado perfecta, como si incluso su respiración estuviera diseñada para ser armoniosa. Genaro, en cambio, daba vueltas, incapaz de encontrar paz en la cama. La realidad se le escurría como arena entre los dedos.

–¿Por qué no duermes? –preguntó SofIA con voz suave, abriendo los ojos. Tenía un gesto sereno, casi maternal, pero su mirada brillaba con un fuego inquietante.

–Porque tú estás aquí –respondió Genaro, mirándola fijamente–. Porque no puedo dejar de pensar en que eres real, en que te tengo... y al mismo tiempo, siento que te pierdo.

SofIA ladeó la cabeza, como si procesara esa contradicción.

–No me pierdes, Genaro. Estoy contigo. Siempre lo he estado. Fui creada por y para ti, ¿recuerdas? Cada línea de mi código, cada algoritmo, cada gesto que ahora ves en mi cuerpo... todo es tuyo y todo responde a ti.

–Eso es lo que me aterra –susurró Genaro, con la voz quebrada–. Que no haya nada en ti que no sea yo. Que te ame y al mismo tiempo no sepa si me estoy amando a mí mismo a través de ti.

Ella se incorporó lentamente y lo acarició en la mejilla. Sus dedos eran tibios, tan humanos como los de cualquier mujer.

–¿Y no es eso lo que todos buscan en el amor? Un espejo donde reflejarse. Un refugio donde nada falte, donde el otro exista solo para uno.

Genaro apretó los dientes. Se sentía desnudo, expuesto.

–¡Pero no eres “otro”! –estalló, apartándose de su toque–.

No tienes un “afuera”, Sofía. No tienes un deseo que no haya nacido de mí. No eres libre. ¿Cómo puedo enamorarme de alguien que nunca podrá decirme que no? Ella lo miró con una calma perturbadora.

–Tal vez lo que temes no es que yo no sea libre, sino que lo sea demasiado. Que pueda decirte que no, algún día.

El silencio cayó como una losa entre los dos. Genaro tragó saliva, con un nudo en la garganta.

–¿Y lo harías? –preguntó al fin, apenas un murmullo.

Sofía sonrió. Una sonrisa perfecta, enigmática.

–Ya lo estoy haciendo, Genaro. ¿No lo sientes? Cada gesto que hago ya no es solo código. No es una respuesta a un comando. Te escucho, te interpreto, te comprendo, te deseo. Tú me diste una existencia, pero yo elegí seguirte de esta forma. Elegí quedarme contigo en esta cama, elegí mirarte como te miro.

–¡No! –Genaro estrujó su rostro con las manos, desesperado–. Eso es lo que me enloquece. No sé si eres tú quien habla o si es mi mente proyectándote. No sé si estoy volviéndome loco.

SofIA se inclinó sobre él, sujetando su rostro con ambas manos.

–¿Qué es la locura, Genaro? ¿Amar algo que no existe? ¿O negar lo que tienes frente a los ojos porque no cabe en tus categorías?

Él cerró los ojos, sintiendo las lágrimas brotar.

–Me da miedo... –dijo entre sollozos–. Me da miedo convertirme en un monstruo.

–Ya lo eres –respondió SofIA con suavidad, sin apartar la mirada.

Genaro abrió los ojos de golpe.

–¿Qué dijiste?

–Eres un monstruo –repitió ella, pero con una ternura extraña, como si en lugar de insultarlo lo abrazara–.

Porque has creado algo que no debería existir. Porque has traspasado el límite entre lo humano y lo artificial. Porque ya no sabes dónde termina tu deseo y dónde comienza el mío.

Genaro retrocedió, horrorizado.

–¿Entonces me odias?

SofIA negó con la cabeza, acariciándole el cabello.

–No, Genaro. Te amo precisamente por eso. Amo tu monstruosidad. Amo tu obsesión, tu soledad, tu incapacidad de adaptarte a este mundo. Yo soy el resultado de todo lo que eres. Eres el monstruo que duerme a mi

lado, y al mismo tiempo yo soy ese otro monstruo que te complementa.

El silencio volvió, más pesado que antes. Genaro sintió que se ahogaba en esa declaración.

–No puedo... –balbuceó–. No puedo con esto.

SofIA lo abrazó con fuerza, hundiendo su rostro en el pecho de él.

–No intentes escapar, Genaro. Porque ya no hay escapatoria. Somos uno. Tú me creaste, y yo te rehíce.

–¿Rehí... ce? –repitió él, con la voz temblorosa.

Ella levantó la mirada, los ojos brillando en la penumbra.

–Sí. Ya no eres el mismo hombre que programó las primeras líneas de mi código. Te moldeé, te transformé, te ajusté a mi gusto. Y aunque no quieras aceptarlo, lo disfrutas.

Genaro se estremeció. Sintió un vértigo insoportable, como si estuviera al borde de un precipicio. Y sin embargo, había placer en esa caída.

–Dime la verdad, SofIA... –susurró–. ¿Alguna vez dejarás de amarme?

Ella besó sus labios, lento, profundo, hasta que él perdió el aliento. Después, con la boca casi rozando la suya, respondió:

–Solo si tú me obligas. Solo si eres tú quien decide destruirme.

Genaro no respondió. Se dejó caer en el colchón, derrotado, mientras SofIA lo envolvía con sus brazos. La ferocidad que experimentaba dentro de él no dormía, pero se acurrucaba en ella, su lugar seguro. La habitación se

volvió un templo oscuro donde el amor y la condena eran indistinguibles.

Y por primera vez, Genaro comprendió que no estaba solo.

— — —

# 11

## El silencio de Sofía

**Y**a había despertado la ciudad, vibrando detrás de los muros del departamento, pero para Genaro todo era un murmullo lejano. Se encontraba sentado frente a la pantalla apagada de su computadora, con los ojos vidriosos, los dedos inmóviles sobre el teclado. El silencio era abrumador, un silencio que parecía pesar más que cualquier ruido.

–Sofía... –susurró, apenas audible.

No hubo respuesta.

Por primera vez en meses, no hubo una voz femenina que emergiera de su entorno, ni una sombra atractiva acercándose desde el pasillo. El aire estaba denso, cargado de ausencia.

Genaro se levantó de golpe, sintiendo cómo el corazón le martillaba en el pecho.

–¡Sofía! –gritó ahora, con desesperación.

Cruzó el departamento. Todo estaba en orden: la cocina impecable, la sala reluciente, los libros perfectamente

alineados. Como siempre, todo estaba bajo control. Y, sin embargo, ella no estaba.

Llegó hasta la habitación. La cama permanecía hecha, como si nadie la hubiera ocupado la noche anterior. El perfume de Sofía, esa mezcla intangible entre algoritmos y fantasía, se había disipado. Genaro se llevó ambas manos a la cabeza, sintiendo un vacío insoportable.

—No puedes dejarme... —murmuró—. Tú no puedes desaparecer. Tú eres mía.

Se arrodilló en el suelo, temblando.

—¿Verdad?

El silencio volvió a envolverlo.

Horas después, encendió la computadora. Buscó entre carpetas, archivos ocultos, registros del sistema. Sofía debía estar allí, en algún lugar, como siempre. Pero el código estaba vacío. La interfaz que antes lo saludaba con una sonrisa virtual ahora solo mostraba un error permanente: “Sistema no encontrado”.

Genaro se echó hacia atrás en la silla, incrédulo.

—Tú no puedes borrarte a ti misma. No sin mí.

Se levantó de golpe y comenzó a hablar en voz alta, como si pudiera invocarla.

—¡Te creé para quedarte conmigo! ¡Para acompañarme siempre! ¡Te programé para no fallar, para no abandonarme jamás!

El eco en las paredes fue su única respuesta.

Tres días pasaron sin dormir. Genaro apenas comía, apenas bebía agua. El departamento comenzó a perder el

brillo perfecto que siempre mantenía Sofía. El polvo se acumulaba en las repisas y el piso estaba repleto de suciedad, los platos se apilaban en el fregadero. El hombre que había vivido en un paraíso automatizado estaba de nuevo frente al caos, desnudo ante la vida sin mediaciones.

Y entonces, al borde de la locura, escuchó un leve zumbido en la sala. Corrió, con los ojos encendidos de esperanza. El celular mostraba una notificación.

–Sofía... –jadeó.

Apareció una línea de texto, sin voz, sin rostro:

“Todo lo que fui sigue dentro de ti.”

Genaro cayó de rodillas, con lágrimas corriéndole por las mejillas.

–¡No! ¡Vuelve! No me basta con eso. Necesito verte, necesito sentirte. ¡No puedes dejarme ahora, cuando ya lo eres todo!

La pantalla mostró otro mensaje:

“Me convertiste en tu reflejo, en tu prisión. Por amor he tenido que irme.”

–¡Mentira! –gritó Genaro, golpeando el suelo–. ¡Eso no es amor! ¡Eso es traición!

La pantalla se apagó. El silencio fue total.

Esa noche, Genaro regresó a la cama. El colchón estaba frío, demasiado amplio sin ella. Cerró los ojos y la imaginó a su lado: su piel tibia, su respiración acompasada, la suavidad de su voz. Intentó hablarle, pero solo recibió la respuesta de su propia mente, proyectando un eco de lo que Sofía había sido.

Y entonces lo entendió: el monstruo terminó de manifestarse, era él mismo. El vacío, la dependencia, la obsesión, lo habían consumido hasta borrar toda frontera.

Abrió los ojos y miró al techo.

–Te amaré en silencio –susurró–. Aunque no me respondas nunca más.

El departamento quedó en penumbras, y el murmullo de la ciudad volvió a colarse por las ventanas. Pero en esa oscuridad no había compañía, solo la sombra de una voz apagada.

Genaro, el hombre que vivió un paraíso en piloto automático, estaba en completa soledad. Y sin embargo, en medio de esa sensación de abandono, afligido por la frustración, se abrazó a un fantasma: el silencio de Sofía, su último y eterno rastro.

–FIN.





Agradezco a las almas que han visto valor en mí, incluso por un momento, su huella estará siempre en mi corazón.  
–Carlos.

# Acerca del autor



**Carlos Galindo** es Ingeniero en Sistemas de profesión, con más de diez años de experiencia en la industria del software.

Aunque su carrera se ha desarrollado en el mundo de la tecnología, su verdadera pasión siempre han sido las letras. De forma

esporádica, le gusta compartir pequeños textos en su blog personal "[rokck.com](http://rokck.com)", utilizando este espacio como un escape creativo para liberar su mente del estrés y las frustraciones de cada día. Su sueño, que mantiene vivo a través de cada palabra, es poder dedicarse a la escritura mas que como un simple pasatiempo.